

# Un Aguinaldo y el Basural

Por Sebastián SALAZAR BONDY

En ninguna parte de nuestra ciudad la miseria es más patética, más dantesca, más atroz, que en El Montón, donde hombres y animales —ya lo ha descrito con palabra terrible, digna de León Bloy, el Padre Protain— se disputan los despojos de la urbe, los detritus del lujo, el confort, la dicha, que hasta ese paraje triste vienen a parar para su supuesta destrucción. Quizá haya muchos limeños que ni siquiera, a falta de la observación inmediata, han visto las fotos de ese infierno y, por eso, quizá ignoren que su población también es infantil. Allí los traperos de Emaus, los discípulos del Abate Pierre, laboran por los infelices habitantes del basural, sin mucho eco entre la gente que, al modo del avestruz, prefiere esconder los ojos a conocer desnuda la realidad social del Perú. Es dura la tarea del misionero en aquella zona, en donde la dignidad humana ha sido rebajada hasta un punto en que la vergüenza ya no es sólo de los responsables directos sino de todos los que integramos esta comunidad desequilibrada e injusta, pero más dura es la necesidad de levantar la voz para señalar la lacra que El Montón constituye y para decir, consecuentemente, que en él fermenta una revolución cuyo estallido, de acuerdo a la invariable experiencia de la historia, no se impide con la indiferencia.

Varios centenares de niños pululan en la barriada de El Montón. Ya que es imposible terminar de una vez, extirpando de raíz las causas esenciales de esa situación y la de todos los casos semejantes, los traperos luchan por aliviar la pobreza material y los peligros espirituales que acechan a esas criaturas acudiendo a la generosidad pública. Lo hacen siempre, pero acentúan su demanda en vísperas de la Navidad, fiesta del niño, homenaje a su inocencia y a la esperanza que encarna. Ahora, en estos días, piden juguetes. Con modestia, piden juguetes usados (los pequeños de El Montón, ¿acaso saben de objetos que no sean deshechos?) para repartirlos en la hora en que, en todo el orbe, se lleva hasta la infancia un aguinaldo atribuido, por amor al prodigio, a la mano del cielo. Me proporcionan un teléfono que transcribo, el 42762, para que quienes comprenden que esa insignificancia representará una inmensa alegría para muchos menores llamen ahí y digan qué tienen para regalar. No creo que haya una sola persona que no responda a esta apelación, cuyo sentido es, antes que nada, de solidaridad social.

Escribo eso y ya me corrijo: la solidaridad social exige más, muchísimo más. Pero el acto de ayudar a los traperos de Emaus de Lima puede ser para muchos la iniciación de esa actitud, de esa conducta, que equivale a la madurez moral, el paso de la psicología egoísta del yo a la abierta y plena del nosotros, lo cual es humanista y es cristiano. Lo ideal, por cierto, sería la movilización nacional —como proclama el Abate Pierre— contra la miseria. Una suerte de campaña justiciera, en la que todos depusiéramos algo que atañe a nuestros intereses personales en beneficio de algo que está en relación con ese interés colectivo que es el bienestar general. Dicha puesta en pie de guerra para desterrar el hambre, el desamparo, la incultura, la indignidad, tendrá que venir antes de que un cataclismo social ponga un crepúsculo de sangre en el horizonte de esta tierra de contrastes abisales entre los hombres que la ocupan y la sufren o la gozan.